

Así, hablar de inclusión laboral no puede limitarse únicamente a promover oportunidades para las personas con discapacidad. Debe incluir también políticas que reconozcan, valoren y acompañen a quienes sostienen el cuidado en los hogares. De lo contrario, seguiremos celebrando avances que, en la práctica, se construyen sobre una brecha que afecta principalmente a las mujeres.

La invitación es a mirar esa otra desigualdad: la que ocurre puertas adentro, en silencio, y que sigue marcando la vida de miles de cuidadoras en Chile.

Alejandra Ríos Urzúa

Infancia

● Que la niñez aparezca hoy como prioridad del nuevo Gobierno es una señal que merece ser destacada. Reconocer la urgencia, reforzar la protección especializada, abordar la salud mental y ordenar el trabajo territorial permite abrir una oportunidad que el país ha postergado por demasiado tiempo.

Pero la vida de niños, niñas y adolescentes chilenos no transcurre solo dentro de programas o servicios. Se vive en casas hacinadas, en campamentos, en barrios sin áreas verdes ni espacios de encuentro, en contextos donde la pobreza condiciona cada decisión cotidiana.

Mientras esas realidades sigan intactas, hablar de bienestar seguirá siendo una promesa incompleta.

A esto se suma una violencia que muchas veces no deja huella visible, pero sí marcas profundas. Esta crece en el silencio de los hogares y en comunidades sin apoyo suficiente, y suele detectarse cuando el daño ya es difícil de revertir. Evitarlo requiere presencia constante, trabajo preventivo y un Estado que no llegue tarde.

Si las futuras políticas públicas se diseñan sin considerar la experiencia de quienes las viven, el riesgo es repetir soluciones ajenas a la realidad. Incluir a niños, niñas y adolescentes en las decisiones que los afectan es la única forma de construir respuestas que no fracasen en el papel. Ahí está la diferencia entre políticas que se anuncian y políticas que transforman. Cuando la infancia queda fuera y no es tratada como sujeto de derechos, el costo lo paga el país entero.

Juan Pablo Venegas

La brecha digital

● Hace poco conversé con un adulto mayor que me dijo algo que todavía me da vueltas. “Antes hacía todos mis trámites solo. Hoy tengo que pedir ayuda para casi todo”. No hablaba de salud. Ni de mo-